California, que á pesar de la voracidad del tiempo, se han de perpetuar en la conservacion.

Porque el que hace gloriosas acciones, aunque por sí como mortal es súbdito del tiempo para que lo consuma, pero no tiene el tiempo jurisdiccion sobre las obras gloriosas, porque estas con una como inmunidad inmortal, están exentas de la jurisdiccion del tiempo. Acabó la vida del padre Junípero como súbdito del tiempo, después de haber vivido setenta años, nueve meses, cuatro dias, y trabajado en el ministerio apostólico la mitad de su vida, y en estas Californias diez y seis años, dejando fundadas en la antigua California, en la que vivió un año, una mision, y en esta setentrional y nueva California, antes solo poblada de gentiles, la dejó poblada con quince poblaciones, las seis de españoles ó gente de razon, y las nueve de puros naturales neófitos, bautizados por su reverencia y los padres compañeros.

Numerábanse cuando murió cinco mil ochocientos los bautizados, que con los que bautizaron en la antigua California pasaban de siete mil, y dejó confirmados en esta California á cinco mil trescientos siete, y para conseguir este espiritual fruto trabajó lo que queda referido. Estas acciones, por sí tan gloriosas, no se consumirán jamás por el tiempo, antes por ellas quedará su autor perpetuamente en la memoria de todos: *non recedet memoria ejus.* Como ni parece que el difunto padre tiene en olvido esta espiritual conquista, pues vemos se va cumpliendo la promesa que nos hizo poco antes de morir, que pediria á Dios por ella y por todos los gentiles para que se conviertan á nuestra santa fe católica, lo que vemos se va cumpliendo, pues se va mucho aumentando el número de cristianos en todas las misiones desde la muerte de su fervoroso fundador.

En carta que escribí á todos los misioneros, dándoles noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, les referí para su consuelo lo que poco antes de espirar me dijo y prometió, que no se olvidaria de nosotros ni de pedir á Dios por la conversion de la inmensa gentilidad que dejaba sin bautizar, para que logren el santo bautismo. A lo que me respondió el reverendo padre lector fray Pablo Mugartegui, ministro de la mision de San Juan Capistrano, de las últimas del Sur, que habia sido su compañero el año de 73 y 74 en el viaje de mar y tierra desde Méjico hasta el puerto de San Diego, en cuyo tiempo conoció lo sólido de las virtudes de nuestro venerable prelado y amado presidente. "Veo " lo que me dice de la promesa que nos dejó nues- " tro venerable prelado fray Junípero: *Dilectus* " *deo, et hominibus;* y yo digo á vuestra reve- " rencia que demos gracias á Dios, pues ya ve- " mos en esta mision cumplida la promesa de " nuestro venerable padre presidente fray Juní- " pero, pues en estos cuatro meses últimos he- " mos bautizado mas gentiles que en los tres años " últimos, y atribuimos estas conversiones á la " intercesion de nuestro venerable padre Juní- " pero, que lo estará pidiendo á Dios como se " lo pedia incesantemente en vida, y piamente " creemos que está gozando de Dios, y que con " mas fervor lo pedirá al Señor, de quien sin " duda alcanzaria la conversion de los muchos " que hemos bautizado en estos cuatro meses " que se han cumplido desde su muerte; es- " tos son indios que han venido de muy le- " jos y son de distinto idioma que los naturales " de esta mision, pues ha sido preciso valernos " del intérprete de San Gabriel; y viendo que " ellos por sí solos han venido de tan lejos á pe- " dir el bautismo, piamente creemos ser movidos " de impulso interior, que les alcanzaria nuestro " venerable padre de Dios nuestro Señor, padre " de las misericordias y Dios de todo consuelo, " que en medio de la pena que nos causó la no- " ticia de su muerte, nos consuela con el crecí- " do número de hijos con que se va aumentan- " do este espiritual rebaño."

Lo mismo que me escribió dicho padre lector Mugartegui de su mision de San Juan de Capistrano, creo podrian haberme escrito los demás misioneros, pues viendo que el número de bautizados que habia en las misiones el dia que murió el venerable fundador era de cinco mil ochocientos, el dia último del mismo año de 84, segun consta de los informes anuos que me remitieron los padres misioneros, era el número seis mil setecientos treinta y seis, por lo que sé que en los cuatro meses después de la muerte del venerable fundador, se habian bautizado novecientes treinta y seis, á cuyo número ningun año entero ha llegado desde que se comenzó la conquista, y me escribieron los misioneros que proseguia la conquista con grande aumento, atribuyéndolo á la intercesion y ruegos del venerable fundador, que en el cielo pedirá á Dios por la conversion de toda esta inmensa gentilidad, y segun fuere el aumento de las conversiones, se irá extendiendo la memoria de su principal conquistador, que si juntamos á sus gloriosas acciones lo heróico de sus virtudes (de que hablaré en el siguiente capítulo), podremos cantarle el verso de David (Psal. 111, vers. 7) *in memoria æterna erit justus*, que como tan laborioso operario de la viña del Señor, y tan ejemplar en sus operaciones, será delante de Dios eterna su memoria.

CAPITULO ULTIMO.

EN QUE SE RECOPILAN LAS VIRTUDES QUE SINGULARMENTE RESPLANDECIERON EN EL SIERVO DE DIOS FRAY JUNÍPERO.

Si con atenta reflexion se lee la historia que antecede de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero, se hallará que su laboriosa y ejemplar vida no es otra cosa que un vistoso y hermoso campo matizado de todo género de flores de excelentes virtudes. Para conclusion de la historia intento en este último capítulo (que dividiré en párrafos), recopilar las principales que se observaron y que no pudo ocultar su humildad, y que para cumplir con la doctrina del divino Maestro debia hacerlas en público, para que viéndolas los nuevos cristianos, que con su predicacion convirtió y agregó al gremio de la santa Iglesia, las practicasen y alabasen á Dios. Pero las demás que no conducian al dicho fin, procuraba con mayor cuidado ocultarlas aun de los mas estimados compañeros, de los mas confidentes é inmediatos, observando á la letra el precepto que nos intima Jesucristo por san Mateo (cap. 6 v. 3): *Nesciat sinistra tua, quid faciat dextera tua*, por cuyo motivo no puedo dar razon de sus virtudes interiores. Porque no obstante la estrechez y amor que desde el año 39 le debí, y que desde el año 49 se confesó conmigo, mientras que viviamos, y si habia algunas temporadas de separacion por la obediencia ó cumplimiento del apostólico ministerio, procuraba cuando nos volviamos á juntar hacer confesion general de aquel tiempo, renovando las que en el intermedio habia hecho; no obstante este santo ejercicio de treinta y cuatro años, nada puedo decir de su vida interior, sí solamente podré referir de lo exterior que no pudo ocultar, su profunda humildad, en cumplimiento del encargo que hace Jesucristo: *Luceat lux vestra, etc.*, que segun San Gregorio, es lo mismo que tener en las manos lámparas encendidas, para que viendo los actos de las virtudes exteriores, se muevan á alabar á Dios como autor de ellas: *Lucernas quippe ardentes in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla monstramus.*

Pero aun de esto no hay lugar para decirlo todo, y me contentaré con referir solo algunos actos de las virtudes que tienen visos de heróicas, para lo cual noto con los auditores de la Sagrada Rota en la Causa de San Pedro Regalado, que de dos modos puede uno tener las virtudes en grado heróico: el uno en cuanto el hombre anhela á este modo como divino, que se llaman virtudes purgativas; el otro en cuanto tiene ya el hombre conseguido el fin de estos anhelos en cuanto es posible en esta vida mortal, y estas se llaman virtudes de ánimo purificado, cuales fueron las de la Vírgen nuestra Señora y de algunos esclarecidos santos.

No hablo de estas, pues como dicen los mismos auditores, se hallan en muy pocos santos; solo hablaré de las primeras, de las que hablando el cardenal Aguirre (Tract. de virtutibus et vitiis, dist. 12. q. 3. sec. 5. num. 49) después de haber dicho que no se pueden conocer por sí mismas, sino solamente por los efectos, obras ó acciones externas y palabras, segun aquello de Cristo: *Ex fructibus eorum etc.*, dice: *Quisquis non præcepta solum, sed concilia Evangelica semper, et toto animi conatu deprehenditur observasse usque ad ultimum vitæ momentum, neque unquam declinasse ab ea difficili et angusta via, verbo facto, aut omissione, idque judicio communi hominum tantam vitæ perfectionem admirantium in mortali homine, his sane probabiliter creditur fuisse præditus virtutibus per se inditis in gradu heroico; immo etiam virentibus acquisitis in eodem gradu.* Cuyos efectos declara el Sr. Benedicto XIV (en el cap. 22 del lib. 3 de Serv. Dei Beatif.) por estas palabras: *Ut sit heroica efficere debet, ut eam habens operetur expedite, prompte, et delectabiliter supra communem modum ex fine supernaturali, cum abnegatione operantis, et affectuum subjectione.*

Esto es, para que una virtud sea heróica, ha de hacer que el que la tiene obre con expedicion, prontitud y delectacion sobre el modo comun de los hombres, y esto por fin sobrenatural, con abnegacion suya y sujecion de todos sus afectos y deseos, cuyas autoridades de varones tan doctos del citado cardenal de Aguirre y del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV me servirán de piedra toque para conocer los quilates de las virtudes de nuestro venerable padre; y dando principio á ellas, comenzaré por la humildad, á la que llama san Agustin cimiento de la fábrica del espiritual edificio, intentando yo el hacer un diseño de la fábrica que edificó el venerable padre Junípero con el ejercicio de las virtudes, valiéndome de lo que Fortunato Scaccho, citado del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV (lib. 3 de Canoniz. SS. cap. 24. núm. 48), dice: "Esta vir- " tud de la humildad es tan necesaria y esencial " en los imitadores de Cristo, que segun los dog- " mas enseñados por Jesucristo, creemos ser el " fundamento para la formacion de todo el edi- " ficio espiritual, segun la norma del santo Evan- " gelio. Y siendo necesarios muchos actos de " virtud en grado heróico en cualquier fiel y ca- " tólico para la perfecta santidad; por esto cuan- " do se buscan razones para probar la santidad " de algun siervo de Dios, lo que primero se bus- " ca es su humildad."

§ I.

PROFUNDA HUMILDAD.

Es la humildad en sentir de San Bernardo, citado por santo Tomás de Villanueva (Conc. 1 de San Martino), una virtud por la cual el hombre con el verdadero conocimiento de sí mismo se tiene por despreciable, conociéndose miserable y contentible, por el profundo y claro conocimiento de sí mismo. Esta nobilísima virtud enseñó el divino Maestro á sus apóstoles y discípulos, así de palabra como por ejemplo: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.* Esta

divina doctrina de tal manera imprimió en su corazon su humilde siervo fray Junípero, que en cuanto lo llamó el Señor por medio de su divina gracia para el apostólico instituto, que desde luego propuso en su corazon imitarlo, siguiendo su doctrina en cuanto le fuera posible, poniéndola en práctica, empezando su oficio de la predicacion descalzándose á imitacion de Jesucristo de las sandalias, como nos lo dice la venerable madre sor María de Jesús de Agreda en su Mística Ciudad (part. 2. lib. 4. cap. 28. núm. 685), contentándose con el humilde uso de las alpargatas, de que usó hasta la llegada al colegio, que para seguir ó imitar á los del colegio volvió á usar de sandalias, hasta que saliendo á las misiones de la Sierra Gorda, volvió á descalzarse de las sandalias y prosiguió con las alpargatas hasta que se consumieron.

Hablando el Sr. Benedicto XIV de los actos de la virtud de la humildad, cuenta entre ellos la sincera abnegacion de sí mismo, por la que en sus obras buenas se reputa uno siervo inútil, segun lo de san Lúcas (17. v. 10.): *Cum feceritis omnia quæ præcepta sunt etc.* De tal manera se reputaba por inútil entre los demás misioneros el padre Junípero, que cuando se regresaba á su mision, concluida la visita de las demás, prorumpia con estas humildes y fervorosas palabras: "Edificado vengo del fervoroso celo de " todos los padres compañeros, de lo muy ade- " lantadas que tienen sus misiones en lo tempo- " ral y espiritual, y ciertamente es esta mision " la mas atrasada," como queda dicho en el cap. 49, y no solo en el ejercicio de la mision entre infieles, sino tambien entre fieles, se reputaba por el mas inútil, edificándose cuando sabia el fruto que sacaban los otros misioneros. Y siendo mucho mayor el que su reverencia sacaba, y mayores las conversiones que de sus fervorosos sermones se seguian, lo reputaba por mucho menos que el de los demás, dando á entender ser siervo inútil y sin habilidad, sintiendo esta falta, que impedia á su parecer la mayor gloria de Dios y servicio del colegio, y puntual cumplimiento de la obediencia.

Después de haber empleado su espíritu y fervor en las conversiones de la Sierra Gorda, lo ocupó la obediencia en el de vicario de coro, en lo que se ofrece cantar; cuyo cargo admitió con toda humildad y sumision, quejándose de sí mismo como inútil, por ignorar la solfa, como queda dicho. En otra temporada que lo tuvo empleado la obediencia como maestro de novicios, se consideró inútil para ello, y por obediente lo admitió con la mira de ejercitante, no como maestro, sino como novicio, practicando lo mismo que aprendió en el noviciado recien llegado al colegio, como queda insinuado; añadiendo lo que su fervoroso espíritu le dictaba, sin ser molesto á sus novicios, de los que viven todavía algunos en el colegio, los que se tienen por felices y dichosos de haber sido hijos de tan ejemplar maestro.

Otro acto de humildad cuenta en los siervos de Dios el señor Benedicto XIV, y es sentir y huir las honras y aplausos que se le tributan, y no recibir las dignidades sino forzados de la obediencia ó de la autoridad de los superiores. Queda ya dicho cómo renunció los aplausos que tenia en su patria y amada provincia, y no se contentó con solo esto, sino que lo mismo fué poner los piés en el barco, que decirme: ya se acabó todo respeto y mayoría entre los dos, se acabó ya la maestría y reverencia: somos ya en todo y por todo iguales; y con las obras en cuanto se ofrecia, siempre se reputaba por el menos entre los dos, con harto rubor mio y admiracion de todos los que lo veian; de modo que lo mismo era poner los ojos en él, así seculares como eclesiásticos, aun de los de mas alta dignidad, y regulares, que formar un gran concepto de él de humilde, docto y santo.

En este concepto lo tuvieron todos los religiosos del convento de Málaga, que fué el primero que pisamos cuando salimos de Mallorca, y el que mas percibió su humildad y literatura fué el reverendo padre guardian, lector jubilado de aquella provincia de Granada, queriendo probar el concepto que de dicho padre Junípero tenia hecho, y en breve conoció no haber sido fallido el concepto que á primera vista habia hecho del dicho padre. Pero conociendo el humilde padre el demasiado cariño que experimentaba de aquel prelado, luego luego determinó apartarse y que nos fuésemos al barco, como se ejecutó. En este mismo concepto lo tuvo el reverendo padre comisario de la mision en cuanto llegamos al hospicio de Cádiz, y lo mismo juzgaron los padres de la mision de nuestro colegio, y los de la mision del colegio de Querétaro, que estaban en otro hospicio con su comisario, que lo era de todas las misiones y colegios.

En este mismo concepto lo tuvieron así el capitan y oficiales del navío en cuanto lo vieron subir á él, y lo mismo juzgaron la gente de la tripulacion desde el primero hasta el último, y todos los padres de la mision de los reverendos padres domínicos con su presidente, que habia sido lector en Salamanca, quien luego trabó grande amistad con el venerable padre, de quien hizo mayor concepto que todos los demás. En el mismo concepto lo tuvieron los seculares en cuantos caminos anduvo y en cuantos pueblos y haciendas paró, no solo en tiempo de misionar, sino aun yendo de paso, dejando en todas partes gran fama de humilde y santo, no olvidándolo aun después de muchos años de visto, quedándoles impresa su fisonomía; si no es que digamos que esas sus virtudes las tenia impresas en su humilde aspecto. Así parece que las leyeron en cuanto lo vieron los ilustrísimos señores obispos de la Puebla de los Angeles y de Oajaca ó Antequera, cuando fué á predicar mision en dicha ciudad con otros cinco misioneros de nuestro colegio. Pasando por la ciudad de Puebla, fueron los seis á tomar la bendicion del ilustrísimo prelado, y á pedirle las licencias de confesar en los pueblos de su obispado que habian de cruzar hasta llegar al de Oajaca. En cuanto los vió el ilustrísimo prelado, les concedió á todos las licencias que le pedian, y poniendo la vista en el venerable padre Junípero, que no habia hecho la propuesta por no ir de presidente, sino otro mas antiguo, le preguntó cómo se llamaba. Y diciéndole que fray Junípero, dijo su ilustrísima á su secretario: Pues á este padre se le dan generales las licencias y perpetuas, para hombres, mujeres y monjas hasta las recoletas, y á los demás para hombres y mujeres solamente.

El ilustrísimo de Oajaca, en cuanto lo vió le concedió lo mismo, y le encomendó que habia de hacer mision á toda la clerecía á puerta cerrada, como lo practicó con edificacion de todos, con mucho fruto, y con universal concepto de muy docto é igualmente fervoroso y prudente, como queda insinuado en el capítulo 10, y por poco que lo tratasen formaban de él grande concepto de su literatura y mucha profundidad. En el mismo concepto lo tuvieron los religiosos del colegio desde el primer dia en que él puso los piés, teniéndolo por muy virtuoso; y lo que mas alababan y alabaron de él fué su humildad profundísima, viéndole hecho un novicio corista, leyendo en la mesa con mas gusto que si leyese en la cátedra de la universidad, y sirviendo en ella, como ya queda dicho, como si fuera el menor del colegio.

Recien llegado á él, viéndolo tan humilde, silencioso y recogido, quisieron probar su literatura, para cuyo fin le encomendó el prelado el sermon de san Fernando, patron del colegio, en el que expositó el salmo 44. *Eructavit core um verbum bonum: dico ego opera mea Regi;* refiriendo toda la vida y virtudes del santo, dejando no solo á todo el auditorio, sino á toda la comunidad admirada de tan peregrinas noticias y tan bien tejidas con los versos del salmo, sintiendo todos que un hombre tan docto y ejemplar se fuese á arrinconar entre los infieles, para cuyas misiones lo tenia ya nombrado la obediencia. Y para que no se fuese fueron muchos de los padres viejos y discretos á pedir al reverendo padre guardian para que no saliese del colegio. Pero conociendo el prelado el fervoroso celo del dicho padre Junípero, no quiso privarle de empleo que tanto anhelaba, de la conversion de los gentiles. Y no solo no condescendió á que se quedase en el colegio, sino que lo eligió de presidente de las santas misiones, como queda dicho. Pero viendo el título y patente de presidente, luego fué el humilde padre al prelado á renunciarla, tomando por motivo la falta de práctica por tan novísimo en el ejercicio. Y fueron tan eficaces sus súplicas, que hubo el reverendo padre guardian de admitirle la renuncia, con lo que quedó contentísimo el humilde padre.

Pero al año y medio que se celebró en dicho colegio el capítulo, en el que fué electo de guardian el que fué su maestro de novicios y gran maestro de la mística, el venerable padre fray Bernardo Pumeda, le remitió este nueva patente de presidente de las misiones, mandándole por santa obediencia la admitiese. Así lo practicó, y en cuanto cumplió los tres años, no obstante que el oficio de presidente no tiene tiempo señalado, renunció con otro guardian, diciéndole que si era oficio honroso, participasen todos, y si gravoso, tambien. Con lo que se la admitió, quedando el humilde padre contentísimo sin tal carga por entonces, y mas despejado para ejercitarse en la humildad, como lo practicó, no contentándose con instruir á aquellos neófitos, y en los demás ejercicios espirituales, como queda dicho en el capítulo 7, sino tambien se ejercitó en el ejercicio temporal hasta no desdeñarse de practicar los oficios mas bajos y mas humildes, como de peon de albañil y de acarrear piedra para la fábrica de la iglesia, hacer mezcla con los muchachos como si fuese uno de ellos, y con los grandes acarrear madera para la dicha fábrica, metiéndose tambien entre los albañiles á llenar los huecos entre las piedras con ripios para macizar las paredes, con un traje humildísimo, con el hábito hecho pedazos, envuelto en un pedazo de manto viejo, siendo así que es una tierra muy caliente, y por sandalias traia un pedazo de cuero crudo, que es el calzado de aquellos indios, que en su lengua llaman *apats nipis*, que es lo mismo que guaracha ó abarca; de modo que al verlo edificaba á todos, como edificó al que fué su maestro en la mística recien llegado al colegio el citado padre Pumeda, que viéndolo un dia metido entre una cuadrilla de indios que pasaban de veinte, que cargaban una grande viga, ayudando él á llevarla, y que por mas chico que ellos no alcanzaba, metió el pedazo de manto. Edificado de lo que veia, me llamó á toda prisa para que yo lo viera, juzgando me vendria de nuevo, me dijo: mire su lector cómo anda el via crucis y con qué traje. A lo que le respondí: eso es de todos los dias. Otros casos particulares podria referir en prueba de su humildad, lo que omito por no ser molesto.

Y si por humilde logró en la Sierra Gorda el sacudirse de la prelacía, no así en la California, que se vió precisado á cargarla diez y siete años hasta la muerte. Cuanto mayor era la honra que le seguia, tanto mayor era la repugnancia que á ella tenia, poniendo todos los medios que le dictaba su humildad y prudencia, para evitar toda ocasion. En todos los capítulos salia electo en guardian, y en uno de ellos que le aseguraban saldria confirmado, hizo cuantas diligencias pudo para no hallarse en el colegio al tiempo del capítulo, que fué en ocasion de estar en Méjico

haciendo las diligencias en conseguir providencias para estas conquistas. Y siendo así que todavía faltaban muchos meses para el tiempo de la salida del barco de San Blas, hizo fuga á la honra que le querian dar para el puerto de San Blas, con lo que evitó la ocasion de ponerse en peligro de haber de admitir la guardianía.

Quedan ya insinuadas las diligencias que practicó para huir de las mayores honras que le vaticinaban, como tambien consta de su apostólico celo en aumento de estos nuevos establecimientos. Vióse dos años antes de morir apurado por lo mucho se que atrasaba esta conquista, y que los que debian dar todo calor y fomento practicaban lo contrario, atrasando y destruyendo las misiones, así en lo espiritual como temporal. Y manifestándome el dolor que le causaba en su corazon, le dije: "Mi padre lector, no seria malo, " sino muy conveniente, que vuestra reverencia " escribiese al excelentísimo señor Galvez, que " actualmente se halla de ministro y puede tan- " to con el rey; que haciéndole presente el esta- " do en que nos hallamos, y que supuesto que " su excelencia fué el primer móvil de esta con- " quista, intervenga con su majestad para su " conservacion y aumento." A lo que respondió con un tierno suspiro: "Si este señor no " pudiese tanto como puede, le escribiera; pe- " ro como puede tanto, no quisiera supiese que " todavía vivo; encomendémoslo á Dios, que to- " do lo puede." Cuya expresion toda se dirigia á lo que años antes decian se le esperaba una grande honra, y por huir de lo que podia suceder, queria reputarse como ya difunto.

§ II.

VIRTUDES CARDINALES.

Formado el cimiento del espiritual edificio, que es la virtud de la humildad, se sigue levantar robustas columnas que puedan sostener la suntuosa fábrica de la perfeccion cristiana. En sentir de san Bernardo, son estas columnas las cuatro principales virtudes cardinales, llamadas así porque son como los quicios de la perfeccion. La primera de estas virtudes es la

PRUDENCIA.

Que es la que regula todas las demás virtudes, y por esto si en las otras se experimenta la heroicidad, se hace preciso que ella lo sea. Es esta la sal que todo lo sazona, y para sazonarlo todo, de modo que se proporcione á diversos paladares, se ve cuán heróica deba ser la virtud de la prudencia. Hablando de ella san Antonio Abad en una espiritual conferencia con sus hijos, después de oir sus pareceres, dió el suyo el santo diciendo: que la prudencia era entre todas las virtudes la mas necesaria; porque esta enseña á elegir el medio entre los extremos, que casi siempre son viciosos. Esta nobilísima virtud resplandeció en gran manera en el siervo de Dios fray Junípero. Así lo manifestó el acertado régimen de sus acciones propias y la direccion de las ajenas, con que gobernó su espíritu, unido siempre al sumo bien, desviándose de los precipicios, para no tropezar en los riesgos; y alumbró con discrecion á los prójimos que lo consultaban en sus dudas, así en el confesonario como fuera de él; quedando todos muy consolados con sus doctos y prudentes pareceres, dirigidos siempre al bien espiritual de sus almas.

Fué su modestia singular, sin afectacion su humildad, sin hazañería, sin altivez, sin hipocresía su devocion, y su religiosa llaneza sin resabio alguno de relajacion: fué siempre docilísimo y desconfiado de sí mismo para el acierto de sus dictámenes, por cuyo motivo consultaba siempre con sus compañeros, aunque fuesen los menos antiguos, mas nuevos en el ejercicio, valiéndose del pretexto del comun adagio, que mas ven cuatro ojos que dos, principalmente en los asuntos gravísimos, que fueron muchos los que se le ofrecieron, así en las conquistas de la Sierra Gorda como mucho mas en las Californias y en las conquistas de Monterey, procurando consultar mientras habia lugar á los prelados del colegio y al venerable discretorio de él, remitiéndoles copia de las cartas que recibia de los excelentísimos señores vireyes, comandantes generales y gobernadores de las provincias, remitiendo al mismo tiempo sus respuestas, para que antes de entregarse á dichos señores, se leyesen por el prelado y padres discretos, conformándose con sus prudentes pareceres, desconfiando de sí mismo, suplicándoles que antes borrasen lo que les pareciera conveniente, nivelando hasta lo mas mínimo por el dictámen ajeno, para distinguir mas seguramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y lo provechoso de lo nocivo, sujetándose al dictámen ajeno.

No obstante de haberlo adornado Dios de cuantas partes componen á esta prenda de la naturaleza, de inteligencia, circunspeccion, cautela, experiencia y agudeza, como por su humildad profundísima no conocia en sí tales prendas, recurria al dictámen ajeno, principalmente al del prelado. Consiguió con este y su industria continuos aciertos en cuantos negocios gravísimos se le ofrecieron en las conquistas, dejándolas en tal estado, que dejan admirados á cuantos han visto y leido el feliz progreso de ellas en tan breve tiempo de fundadas.

No es menor prueba de su heróica prudencia el haberse mantenido tantos años de presidente superior de una comunidad tan repartida, en el tramo de mas de doscientas leguas, tan apartados unos de otros, y de la vista de su prelado, que podian entibiarse; pero era tal la prudencia del fervoroso prelado, que tuvo siempre á sus

súbditos muy contentos y conformes á sus disposiciones, de modo que no hubo la menor queja contra dicho venerado prelado. Mantuvo siempre á todos sus súbditos muy contentos en la mision á que los destinaba, á quienes solia visitar una vez al año mientras que le fué posible, con cuya visita quedaban todos consolados, alegres y fervorosos en el apostólico ministerio, descansando bajo de su frondosa sombra, de modo que podiamos decir lo que de Elías dice el sagrado texto, cap. 16, lib. 3, Reg., v. 5, que dormiamos y descansábamos en todo bajo la sombra del Junípero: *Progecitque se et abdormivit in umbra Juniperi*: que aunque árbol de estatura pequeña, y todos nosotros extendidos en el tramo de mas de doscientas leguas, no obstante que por corresponder chica sombra proporcionada al árbol, nos cubria á todos con sus continuos y eficaces consejos, que con su bien cortada pluma incesantemente nos daba; cuyos consejos, no solo nos dirigia, sino tambien que á todos con ellos nos dejaba consolados y animados para la conversion de los gentiles y para los adelantamientos espirituales y temporales de la mision.

Este especialísimo don de consejo, efecto de la prudencia, no solo lo experimentamos en este siervo de Dios nosotros sus súbditos, sino cuantos lo consultaban, quedando todos edificados y convencidos de la evidencia con que les hacia ver la razon, para salir de sus dudas.

JUSTICIA.

La segunda de las virtudes cardinales es la justicia, segunda columna de la fábrica del edificio espiritual; de la que hablando san Anselmo (in lib. Cur Deus homo), dice que es una libertad del ánimo varonil, que da á cada uno su propia dignidad: al mayor da reverencia, al igual paz y concordia, al menor doctrina y consejo, obediencia á Dios, santificacion á sí mismo, al enemigo paciencia y al necesitado laboriosa misericordia: *Justitia est anima libertas, tribuens unicuiques suam propriam dignitatem: majori reverentiam, pari concordiam, minori disciplinam, Deo obedientiam, sibi sanctimoniam, inimico, patientiam, egeno operosam misericordiam.*

Esta virtud con todos sus actos que refiere san Anselmo, la tuvo y practicó el venerable fray Junípero, atendiendo á todos segun la dignidad de cada uno, dando al mayor toda reverencia, á los iguales paz y concordia, á los menores doctrina y enseñanza, á Dios la debida obediencia, á sí mismo rectitud en sus obras, al contrario que le impedia los fervorosos deseos, paciencia, y al pobre y necesitado laboriosa misericordia.

En toda su vida procuró toda la reverencia debida desde niño á sus padres, en la religion á todos sus superiores, venerándolos con la mayor sumision, obedeciendo á cuanto se le insinuaba ó mandaba, siendo en este punto bastantemente mirado, por no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado. Bastante prueba es la carta que me escribió desde el pueblo de Tepic, que queda copiada en el cap. 33.

Prueba tambien lo que practicó con un gran bienhechor, así del colegio como de las nuevas conquistas, que estando en la actual fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, le pidió le enviase un informe individual de cuanto habia en aquel puerto y de lo que pasase en las dos misiones y del fuerte ó presidio, suplicándole fuese con bastante extension. Al mismo tiempo recibió carta del prelado en que le mandaba no se informase á los seculares, y así lo cumplió, enviando la misma carta de dicho bienhechor al prelado, diciéndole: "que habia recibido al mismo tiempo " su carta, y estaba tan pronto á obedecer sus ór- " denes, que ni aun contestaba al bienhechor de " haber recibido su carta; pero me alegraria mucho " que supuesto tiene su reverencia informe de to- " do, el que satisfaga al bienhechor y le dé algu- " na excusa por no haberle yo escrito por muy " ocupado, como en la verdad lo estoy."

No obstante que del contenido de dicha carta podia entender el padre presidente que no le comprendia á él, sino á los particulares, no quiso interpretar el contexto de ella, sino entenderla á la letra, como si solo á él se le escribiese; pero en breve conoció podia haberse desengañado, pues vió la respuesta del prelado que no hablaba con tanto aprieto, sino que él podia informar privadamente con toda verdad á los sugetos que juzgase conveniente como prelado, para el bien de la conquista; pero no los particulares, que podian informar lo que ignoran, y solo dicen lo que oyen á los soldados, que nada entienden con formalidad.

En otra ocasion recibió carta tambien del prelado, en que disponia se suspendiesen las misiones de la canal, por los motivos que le expresaba, en ocasion que ya estaba la una de las tres fundadas. Y como era tan nimio en no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado, empezó á recelar si seria faltar á ella si se proseguia la mision, ó si debia mandar suspenderla; y no se aquietó hasta que tuvo el parecer de los misioneros mas inmediatos, que le respondieron que no se comprendia la mision fundada antes de recibir el órden, sí solo á los dos que todavía no se habia dado mano á ellas, como mas largamente queda dicho en el cap. 55.

Con todos procuró siempre tener grande paz y concordia, tratando no solo á los iguales, sino aun á los mas mínimos con mucha afabilidad y amor paternal, dando á todos doctrina y enseñanza, dirigiéndolos para el cielo con sus saludables consejos y clara doctrina, como queda largamente expresado en su vida. En todo y por todo procuró siempre tener á la vista la ley santa de Dios, sus divinos preceptos, los de la santa Iglesia y los de nuestra seráfica y apostólica regla, obser-

vando todos los dichos preceptos, para no faltar á la obediencia de Dios y conservar para sí la justicia, santificacion ó santimonia; *sibi sanctimoniam.*

Y de tal manera procuraba esta virtud en todas las acciones y obras, y al parecer pensamientos, que todo lo que en él se veia, oia y experimentaba, todo era dirigido á Dios y al bien del prójimo. Siempre sus conversaciones y pláticas eran edificantes; y si se hablaba de ausentes, que podria entibiar la caridad del prójimo, procuraba desviar la conversacion ó decir claramente: *no hablemos de esto, que me causa pena;* de modo, que podriamos decir de él lo que de la sombra del árbol de su nombre dijo Plinio, citado de Nicolás de Lyra, lib. 3, Reg. cap. 19, v. 5, que ahuyenta las serpientes y todo animal ponzoñoso: *Juniperus arbor est crescens in desertis, cujus umbram serpentes fugiunt, et ideo in umbra ejus homines secure dormiunt.* Esto mismo experimentábamos en la presencia de nuestro Junípero, pues en su presencia ni se oia ni se podia hablar palabra que no fuese edificante. Y si alguno se desmandaba, en el semblante manifestaba luego la repugnancia de tal conversacion, que servia de correccion, y se mudaba luego la plática, pasándola á tratar de lo que siempre tenia en su corazon y en la mente, que era el aumento de la conversion de los gentiles.

Otro acto de la virtud de la justicia cuenta san Anselmo, que es tener paciencia con el enemigo: *inimico patientiam.* No tuvo este siervo de Dios mas enemigo que el que conocia ó le constaba ser enemigo de Dios, ó que veia que impedia con sus hechos la propagacion de la fe y conversion del gentilismo. Portábase con los primeros con amorosas amonestaciones, con pláticas y sermones para hacerlos amigos de Dios, y con los segundos nunca daba á entender estuviese sentido de ellos, que procuraba poco á poco hacerlos ajentes y coadjutores de santa obra, con cuya paciencia solian muchos conseguir el efecto deseado, y con los otros que no coadyuvaban, no manifestaba el sentimiento, sino que desahogaba su pena con decir: *no será la voluntad de Dios todavía, no estará de sazon la mies, Dios dispondrá lo que fuere de su agrado,* procurando de su parte hacer á los tales cuantos bienes podia.

Bien lo experimentó el oficial que le ocasionó el trabajo de ida y vuelta á Méjico en solicitud de providencias favorables para la propagacion de la fe y conservacion de los nuevos establecimientos, de quien determinó la real junta se retirase del mandato. Y estando para salir de Monterey, llegado el nuevo comandante, temeroso no ser mal recibido de su excelencia, valiéndose de uno de los misioneros muy estimado del venerable padre presidente, le pidió una carta de recomendacion para el señor virey. Y respondiendo que con mucho gusto lo haria, lo practicó con tanta caridad y con tal sigilo, que no quiso que el recomendado supiese el contenido, pues la envió cerrada y por otro conducto; y en cuanto llegó á Méjico vió el efecto de la carta, pues le entregó su excelencia una compañía con el baston de capitan de ella, quedando su excelencia muy edificado de la caridad del venerable padre Junípero, viendo que olvidando que le habia hecho padecer en ida y vuelta de Méjico tantos trabajos, le correspondió cediendo para sus ascensos, así el mérito de dichos trabajos como todos los demás que habia padecido, y méritos que su reverencia habia contraido en estas conquistas. Así lo leyó en la carta respuesta de su excelencia que tengo á la vista y dice así:

"En carta de 19 de junio último expuso vues-
" tra reverencia la pena que le daba ver despoja-
" do del mando de esos establecimientos al oficial
" que antes estaba mandando, y á estímulos de
" su fervorosa piedad recomienda su mérito, apli-
" cándole los servicios que por sí propio ha con-
" traido, para dar mas valor á los suyos. Este
" oficial llegó aquí enfermo; y siempre que haya
" arbitrio conocerá en mi atencion la que me ha
" merecido una accion tan pia, honesta y religio-
" sa como la que vuestra reverencia me manifies-
" ta, deseoso de contribuir á las satisfacciones
" de este interesado.—Dios guarde á vuestra re-
" verencia muchos años. Méjico, 2 de enero de
" 1775.—El bailío frey don Antonio Bucareli y
" Ursúa.—Reverendo padre fray Junípero Ser-
" ra."

Otros varios casos podria referir, que omito para dar lugar á lo que falta de las demás virtudes. Y pasando al último acto que refiere de la justicia San Anselmo: *egeno operosam misericordiam:* en ambas conquistas en que tan gloriosamente trabajó este infatigable operario, así en la Sierra Gorda de la nacion pame como en la antigua y nueva California, tuvo un campo muy abierto para ejercitarse en este acto de la virtud de la justicia: *egeno operosam misericordiam;* pues los habitantes de ambas conquistas eran todos unos pobres miserables y necesitados de un todo, así para mantenerse como para cubrir su desnudez, con quienes tuvo bastante que ejercitar las obras de misericordia, así espirituales como corporales, pues no solo empleó todo su talento para su reduccion, instruccion y demás ministerios espirituales, sino que tambien todo su conato era en solicitarles para comer y que vestir, gastando todo el sínodo que da su majestad á los misioneros; y no siendo suficiente, solicitaba limosnas de bienhechores y aplicaba las misas para dicho fin. Y á fin de que los convertidos lograsen este subsidio con mas abundancia y con subsistencia, les instruyó en las siembras, para lograr cosechas de las principales semillas para mantenerse, y de fabricar alguna ropa para vestirse, como queda dicho.

La mayor pena que daba al compasivo corazon de este siervo de Dios, era el no tener que dar á los pobres indios tan necesitados, procurando consolarlos con amorosas palabras, repartiéndoles por su propia mano la comida, aun aquella que para sí necesitaba, y lo mismo hacia de la poca ropa, por sus propias manos cortaba las camisas y enaguas, como tambien cotones y calzones para los muchachos, y por sus propias manos se amañaba á coser para instruir á los neófitos, como que en breve aprendieron. Este ejercicio le duró todo el tiempo que permaneció en el ministerio, hasta tres dias antes de morir; en mi presencia estuvo en esta faena de cortar y repartir ropa.

Y cuatro dias antes de su muerte, estando juntos, entró una india vieja de mas de ochenta años, neófita, que en cuanto nos saludó, se levantó el venerable padre, y metiéndose en el cuartito donde dormia, sacó una frazada camera y la regaló á la vieja. Sonriéndome yo, le dije: *¿qué, le va á pagar las gallinas?* me acompañó en la risa diciéndome que *sí.* El motivo de la risa de ambos era, que dicha india siendo todavía gentil, recien fundada la mision de San Cárlos, no teniendo la mision mas de una gallina con sus pollos para procrear, instruyó á un nietecito suyo á que matase los pollos con su arquito, como lo hacia, y entre ambos se los comian, y hallada en el hurto, le pusieron por distintivo la vieja de las gallinas, y esto le motivó á reir; pero él cumplió con el acto y obra de misericordia ya dicho, cuya accion tan caritativa, dió motivo á que en su muerte no se le hallase en la cama sobre las desnudas tablas mas que media frazada, como queda dicho arriba.

FORTALEZA.

Hablando de esta heróica virtud san Ambrosio, citado de mi seráfico doctor san Buenaventura (lib. 2, phca. c. 31), dice: fuerte es aquel que se consuela padeciendo algun dolor: *est fortis qui se in dolore aliquo consolatur.* Grandes fueron y continuos los dolores que padeció el siervo de Dios fray Junípero por la llaga del pié é hinchazon de la pierna, que padeció desde el año 49 hasta la muerte, como queda arriba dicho; pero nunca se quejó y solo lo manifestaba cuando le impedia sus correrías apostólicas, ó cuando le impedia el poder celebrar el santo sacrificio de la misa, como se vió á la salida de la antigua California, subiendo con la expedicion para la nueva y setentrional, que fué la única vez que solicitó algun medicamento para lograr el deseado fin de ver fijada la santa cruz en el primer puerto de San Diego, y fué el bestial medicamento que ya queda dicho, capítulo 15. En las demás ocasiones, no obstante de ser grandes los dolores, parece que en ellos tenia su consuelo, olvidando el solicitar medicamentos. Y las veces que se proporcionaba ocasion de facultativos y medicamentos, como fué á la ida de Méjico y cuando venian los barcos á aquellos nuevos establecimientos, trayendo sus cirujanos reales, que le ofrecian gustosos el sanarlo, les respondia: dejémoslo, que ya es llaga vieja y necesita de cura larga; y apurándolo uno de sus amados compañeros en una de estas ocasiones, les respondió: *medicinam carnalem nunquam exhibui corpori meo.*

Lo mismo practicaba en los graves dolores de pecho que padecia, sin duda ocasionados de los golpes de piedra que se daba en los actos de contricion con que finalizaba los sermones, como tambien de apagar en su pecho desnudo la hacha encendida, á imitacion de san Juan Capistrano, que apagándosela solia arrancar un pedazo de cuero, de lo que varias veces le resultó quedar muy mal herido; y ninguno de estos dolores le hacia abrir la boca para la menor queja ni para solicitar medicamento, pues parecia tenia en estos dolores todo su consuelo, efecto de su fortaleza: *Est fortis qui se in dolore aliquo consolatur.*

Y prosiguiendo el citado san Ambrosio, dice de esta virtud: ciertamente con razon se llama fortaleza la de aquel que se vence á sí mismo y reprime la ira: *et revera jure ea fortitudo vocatur, qua unusquisque seipsum vincit iram continet.* Vencióse el venerable padre á sí mismo, reprimiendo todo movimiento de ira, de modo que parecia nada lo inmutaba, sino el ver ofendido á Dios por los pecadores y cuando reparaba se impedia la propagacion de la fe. Aun esto que lo inmutaba, reprimia con fervorosos actos de resignacion á la voluntad de Dios, cuya conformidad solia expresar con algun suspiro con estas palabras: *Dejémoslo todo á Dios; hágase en todo su santísima voluntad;* y estos actos tan heróicos parece que contenian todo lo irascible, quedando pacífico é inmutable como si tal cosa hubiese sucedido; y en breve veia el efecto de esta resignacion, ya por la reduccion de los pecadores, amonestados del siervo de Dios, que se le rendian á sus piés pidiendo confesion, como de los gentiles que movidos de lo alto, le pedian el santo bautismo.

Prosigue el mismo san Ambrosio hablando del varon fuerte ó adornado de la virtud de la fortaleza, y dice, que con halagos ningunos se ablanda ó desvia de lo empezado: *Nullis illecebris emollitur, atque inflectitur.* Así lo dió á entender desde la vocacion con que lo movió Dios á venir á emplear su vida en la conversion de los gentiles, que en cuanto supieron los reverendos padres que entonces gobernaban esa santa provincia su vocacion y vieron tenia ya la patante, le ofrecieron no saliese de la provincia, que está en el inmediato capítulo lo haria custodio, no obstante de hallarse jóven y ocupado con la cátedra, que nada de esto se oponia ni era incompatible; pero ni estos halagos, ni otros mayores empleos que se le podian poner á la vista, ni la mucha estimacion, así dentro como fuera de la provincia,